

ENTREVISTA

ENTREVISTA A LUIS MIRELES FLORES*

Josafat Iván Hernández Cervantes**

El Dr. Luis Mireles Flores es un destacado filósofo de la economía de origen mexicano. Economista egresado del ITAM, posteriormente obtuvo una maestría en filosofía de las ciencias sociales en la Escuela de Economía de Londres (LSE) y completó su doctorado en filosofía en la Universidad Erasmus de Rotterdam en Holanda. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de Princeton y en la Universidad de Cambridge. Actualmente es investigador y docente en el Centro para la Filosofía de las Ciencias Sociales (TINT) en la Universidad de Helsinki en Finlandia. Por varios años, ha investigado temas de filosofía de la economía entre los que destacan la causalidad, la evidencia y la interacción entre la ciencia y las políticas económicas. Su trabajo académico se ha desarrollado a la luz de diálogos y colaboraciones con destacados filósofos de la economía como Mark Blaug, Deirdre McClosky, Julian Reiss, así como en varios proyectos académicos en los que ha trabajado junto con Uskali Mäki, quien es una referencia fundamental en la disciplina, y de quien también hemos incluido la traducción de uno de sus artículos en este dossier dedicado a la filosofía de la economía.

–Iniciamos la entrevista con la siguiente pregunta: ¿Cómo entiendes la filosofía de la economía? ¿Cómo la podrías definir y también cómo vincularías la filosofía de la economía con la filosofía en general?

–Muchas gracias, estimado Josafat, por la invitación a participar en esta entrevista. Siempre es un gran gusto para mí también platicar contigo. De forma concisa, la filosofía de la economía puede pensarse como una especialización dentro de la filosofía de la ciencia, enfocada en el estudio de

* Entrevista realizada el 28 de marzo de 2026 vía remota.

** Profesor Investigador de la División de Estudios Multidisciplinarios del Centro de Investigación y Docencia Económicas, (CIDE), México. ORCID: 0000-0002-8077-5900 Correo electrónico: josafat.hernandez@cide.edu

aspectos metodológicos, epistemológicos y sociológicos de la ciencia económica. Los iniciadores de este campo de especialización fueron filósofos que se interesaron en las ciencias sociales. Su inspiración vino principalmente de la filosofía de la ciencia de principios del siglo XX. En un contexto más contemporáneo, y de nuevo simplificando, te podría decir que actualmente hay dos formas de aproximarse a la filosofía de la economía. Desde una perspectiva filosófica, en la que temas tradicionalmente filosóficos son explorados en relación con la economía; y desde una perspectiva económica, en la que temas y problemas fundamentalmente económicos son estudiados empleando herramientas de la filosofía de la ciencia. La interacción y confluencia entre ambas perspectivas ha definido cómo se ha ido desarrollando la filosofía de la economía hasta el día de hoy.

La perspectiva filosófica de la disciplina está un poco más influenciada por autores como Nancy Cartwright, Daniel Hausman y Alexander Rosenberg que fueron de los primeros filósofos que a finales de la década de los setenta del siglo pasado empezaron interesarse y a escribir sobre la economía. Estos filósofos desarrollaron temas epistemológicos generales, como teorías de representación y explicación científica, los cuales después aplicaron a la ciencia económica. Se interesaron, por ejemplo, en estudiar cómo los economistas construyen explicaciones científicas a partir de supuestos formales y abstractos, o cómo los economistas generan y justifican sus modelos y teorías. Notaron, por ejemplo, que el uso de modelos matemáticos era una de las principales metodologías empleadas en la economía de la segunda mitad del siglo XX y que la conexión entre esas entidades abstractas y la realidad no estaba muy claramente entendida ni estudiada, y eso les brindó un muy buen caso de estudio para hacer filosofía de la ciencia. Esta perspectiva ha seguido desarrollándose hasta el día de hoy entre académicos que son principalmente filósofos de la ciencia y que de vez en cuando emplean estudios de caso de la economía para llegar a conclusiones filosóficas más generales sobre la ciencia.

La otra perspectiva, la cual me parece más sugestiva, tiene sus orígenes e intereses alineados con problemas y cuestionamientos de economistas y otros científicos sociales quienes se acercaron a la filosofía para intentar comprender y clarificar aspectos metodológicos y epistemológicos específicos de sus disciplinas. Esta vertiente estuvo al inicio conformada

principalmente por historiadores de la economía, es decir, historiadores del pensamiento económico, como Mark Blaug, Mary Morgan, Kevin Hoover, Bruce Caldwell y Wade Hands. Estos académicos también se interesaron en preguntas filosóficas sobre la economía, pero sus preguntas estaban fundamentadas en su conocimiento teórico y práctico de la ciencia económica, así como en varios problemas metodológicos que ya se discutían desde antes dentro de la economía. Por ejemplo, la naturaleza de la conexión entre los ámbitos micro y macro, las limitaciones de los mercados libres o controlados por el estado, y la fundamentación empírica de las teorías económicas por medio de la econometría.

Lo que pasó entonces fue que los economistas interesados en aspectos metodológicos voltearon a ver qué hacían los filósofos de la ciencia y empezaron a buscar respuesta a sus preguntas en teorías filosóficas generalistas sobre qué es y cómo funciona la ciencia. En esos primeros años, por ejemplo, se dedicó mucho análisis e investigación en evaluar si las teorías de Popper, Kuhn y Lakatos podrían explicar y ayudar a responder preguntas epistemológicas sobre la ciencia económica. Ahí fue donde se dio la convergencia y colaboración inicial entre los dos grupos. Los filósofos de la ciencia entendían perfectamente los cuestionamientos epistemológicos de los economistas y supongo que pensaron, nosotros podemos ayudarles con esto. Por otro lado, a los economistas al parecer les atrajo la visión y análisis generalista de la ciencia y, tal vez, también les sedujo en alguna medida la claridad conceptual y la sistematicidad analítica ostentada por la filosofía de la ciencia de la época.

Esta convergencia se dio durante la década de los ochenta del siglo pasado y con ello se consolidó la disciplina de manera, digamos, oficial. La filosofía de la economía es un subcampo relativamente joven de la filosofía, bastante reciente de hecho, a diferencia, por ejemplo, de la filosofía de la biología o la filosofía de la física. Como decía, en los ochenta se estableció esta comunión entre filósofos de la ciencia y economistas filósofos y se inauguró la disciplina, se fundó una asociación (que continúa operando con el nombre: International Network for Economic Method, INEM), se empezaron a organizar conferencias, se instituyó la primera revista académica especializada en metodología y filosofía de la economía. Algunas universidades, muy pocas, empezaron a tratar de abrir programas especializados en

temas de filosofía de la economía. Y así, el programa de investigación de la disciplina se fue consolidando.

Ahora bien, durante las dos décadas más recientes, lo que ha pasado es que esas dos perspectivas que se complementaron para fundar la filosofía de la economía, se han ido separando de nuevo, o al menos se han ido redefiniendo y distinguiendo más explícitamente sus intereses de investigación. Esto ha sido, probablemente, una consecuencia del desencanto general en filosofía de la ciencia por perspectivas generalistas, como las teorías de Popper y Lakatos, las cuales por más maravillosas que sean, ya no son tan aceptadas entre filósofos interesados en las características y prácticas de las ciencias especiales. De hecho, toda la filosofía de la ciencia se ha vuelto un poco más específica o “enfocada a la práctica” como a veces se le llama, lo mismo ha pasado con la filosofía de la economía. Sin embargo, eso de “enfocado a la práctica” puede entenderse de maneras distintas y, de nuevo, la perspectiva sobre cuáles son las cuestiones de investigación relevantes de quienes llegaron a la disciplina desde la ciencia económica no siempre se compagina con la visión e intereses académicos de quienes se formaron como filósofos.

–En este contexto que estás presentando de estas diferentes maneras de entender la filosofía de la economía, desde los economistas que llegan a la filosofía y los filósofos que llegan a la economía, ¿Qué tan relevante se vuelve la filosofía de la economía para las políticas públicas? Digamos, sería interesante ver en qué medida la filosofía contribuye a clarificar esta cuestión del uso de la evidencia empírica, y que usualmente se discute en relación con las políticas públicas basadas en la evidencia, o el tema de los valores normativos, que también se relaciona con el diseño de las políticas públicas, ¿todo esto cómo lo ves tú?, ¿cómo ves estas relaciones?

–Efectivamente, en los últimos años la filosofía de la economía, y la filosofía de la ciencia en general, se ha enfocado bastante en el tema de la evidencia científica. Más específicamente, en cómo se emplea la evidencia empírica para evaluar y sustentar nuestro conocimiento científico. Tradicionalmente, la ciencia se ha desarrollado a partir de un componente teórico, hipótesis, modelos y teorías, que en mayor o menor medida se justifican a partir de un componente empírico. También tradicionalmente se nos ha dicho que las ciencias naturales eran las que presentaban más posibilidades de emplear ese

componente empírico, especialmente de llevar a cabo experimentos, y las ciencias sociales no tanto.

En consecuencia, las ciencias sociales se enfocaron más en teorizar. Obviamente esta distinción es cuestionable y en la práctica, al menos durante la segunda mitad del siglo XX, las ciencias sociales han logrado desarrollar un componente empírico de forma mucho más exitosa que en el pasado. La motivación es la misma que típicamente ha caracterizado las ciencias naturales: la idea de que sólo con fundamentos empíricos sólidos podemos confiar en que el conocimiento científico captura lo que sea que se supone debería capturar.

Ahora bien, en relación con las políticas públicas, a partir de las últimas tres o cuatro décadas, el movimiento de política basada en evidencia, precisamente propone que deberíamos fundamentar el diseño de políticas, y la toma de decisiones prácticas en general, basándonos en ciencia, como siempre lo hemos hecho, pero en ciencia basada exclusivamente en la evidencia más sólida posible. Es decir, ciencia que no sea puramente teórica o especulativa o basada en la experiencia histórica y las valoraciones subjetivas de los investigadores, sino ciencia que sea basada en la evidencia más confiable. La forma como se ha definido la evidencia más confiable es, que sea cuantitativa, que surja de métodos sistemáticos, que sea replicable, que tenga puras características que maximicen su objetividad. Todo esto con el fin de que las decisiones políticas sean tomadas con base en la mejor evidencia posible. Eso es lo que implica esencialmente el movimiento de política basado en evidencia, esa es la idea que trae detrás.

Esta postura también se ha conjugado con una tendencia más empirista en las ciencias sociales, especialmente a finales del siglo pasado. Déjame hacer un paréntesis aquí, algo histórico. Si tú piensas en la historia de la economía, la economía clásica, con todos los méritos que puedan haber tenido los economistas clásicos en cuanto a su análisis histórico y de los desarrollos económicos e industriales de su época, lo cual podríamos considerar como el contenido empírico de sus principios económicos, esencialmente estaban especulando teóricamente sobre qué es el valor, sobre cómo interaccionan la oferta y la demanda, sobre los precios reales y los precios nominales, el valor de uso, el valor de cambio, la remuneración a los factores de producción, etcétera. Todas sus reflexiones se basaban en inferencias a partir

de sus observaciones e interpretaciones de su entorno, pero pues no hacían estadística, ni mucho menos. Analizaban algunos datos disponibles y se tomaban su tiempo para analizar y comentar crónicas históricas, pero la mayor parte de lo que hicieron fue especulación basada en su “sentido común” o, en términos de John Stuart Mill, en su “introspección”. Tal vez llamarla especulación suene muy negativo, llamémosle reflexión teórica. El punto es que la economía como disciplina se originó a partir de estas reflexiones teóricas basadas en observaciones bastante subjetivas y muy básicas.

–Es el caso de Adam Smith, que precisamente cuando hablaba de La riqueza de las naciones, en 1776, hizo un recorrido histórico sobre cómo las diferentes civilizaciones producen la riqueza y cómo organizan el trabajo, y en efecto él partió de recoger evidencia, pero también el tipo de evidencia que él tuvo son crónicas, algunos trabajos históricos e historiográficos. Smith estudió, por ejemplo, cómo los mexicas producían, qué herramientas tenían los incas, lo mismo respecto a los chinos. Pero sí es muy diferente esa evidencia de la cual Adam Smith partió, a la actual, que ya serían, por ejemplo, la big data, y todo el cúmulo de información estadística, las series de tiempo, obviamente lo que tiene que ver con la calidad de la información, porque gran parte de lo que Smith entendía como evidencia, eran muchas veces expresiones muy eurocéntricas respecto a cómo se producía en los tiempos de los mexicas, etc. Y hoy ya los antropólogos han hecho un trabajo de campo mucho más sistemático y riguroso que en esa época, justo cuidándose más de no caer en sesgos eurocéntricos. Pero sí, es interesante este punto, porque en efecto lo que encontramos en Smith y en Ricardo, y en cierto modo también en Marx, es esta reflexión más teórica, y es muy interesante que digas cómo, con las evidencias que ahora tenemos, ya surgen nuevas maneras de entender la propia teoría.

– Exactamente, justo lo que quería enfatizar con esta historia es que la economía clásica empezó así, con mucha reflexión teórica y muy poco contenido empírico, y aunque admiraban como un ideal el desarrollo y las prácticas de las ciencias naturales, consideraban que no era posible hacer experimentos en las ciencias sociales. Bueno, ahora sabemos que sí se pueden hacer, pero la posibilidad de hacer experimentos científicos cruciales era lo que diferenciaba las ciencias morales, como las llamaban, de las ciencias naturales en esa época. Y esta es la otra parte de esta historia que es interesante.

Como bien sabes, los economistas por mucho tiempo han tenido esa idea de querer emular y llegar a ser como las ciencias exactas y cómo las ciencias naturales, esto ha sido así desde la época de Adam Smith.

No necesariamente todos los economistas clásicos, pero por ejemplo John Stuart Mill tenía claramente el ideal científico positivista en su mente. Correctamente reflexionaron sobre las diferencias, pues no tenían los mismos medios ni posibilidades metodológicas, pero en el fondo, el modelo para su nueva disciplina era la física y las ciencias naturales. Me parece que esa motivación o ese anhelo positivista ha permanecido en el inconsciente de los economistas hasta el día de hoy, definitivamente durante todo el siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI.

Después de los *Principios de economía política* (1848) de Mill, el libro de los *Principios de economía* (1890) de Alfred Marshall se volvió el texto de cabecera para estudiar economía a finales del siglo XIX, y en ese libro, al igual que en los textos clásicos, todavía lo que tenemos es casi pura teoría, sólo que ahora ya fundamentada o desarrollada empleando razonamientos matemáticos. Anteriormente Cournot y Walras habían propuesto, bueno, Cournot con poco éxito, pero Walras con mucho éxito, que la economía se matematizara. Ellos empezaron a mostrar los beneficios de utilizar el cálculo para razonar sobre las teorías económicas que los economistas clásicos sólo desarrollaron en prosa. Todavía en el libro de Marshall esto no se nota tanto como en textos modernos porque el cálculo estaba relegado a las notas al pie. Todas las gráficas de equilibrio parcial que él desarrolló también estaban en las notas al pie, lo importante todavía era el contenido en prosa del texto. Pero una vez que entramos de lleno al siglo XX y vamos leyendo los textos económicos, a pesar de que hubo muchas discusiones, muchos debates importantes, la elocuencia empezó a perder su valor científico en favor de la formalidad matemática. Ya Keynes en sus escritos utilizaba ecuaciones y gráficos para explicar lo que quería decir, aunque todavía fue bastante prolífico en su prosa, pero de repente concluía su discusión con que todo se reduce a tales y tales ecuaciones.

Y ya no digamos la matematización de las teorías keynesianas, que fue como una especie de intento por sintetizar toda la teoría general en un sistema de ecuaciones, es decir, si no te gusta mucho leer, pero te interesa la economía, nada más entiende cómo funcionan las ecuaciones en el mo-

delo IS-LM. A principios del siglo XX se consolidó la matematización y formalización de la economía. Ese fue ya un primer gran paso hacia la transformación de la economía en una disciplina más propiamente “científica”, es decir, más similar a las ciencias naturales y en especial a la física. La matematización permite razonar y justificar las teorías de forma un poco más precisa y exacta, más consistente, pero todavía no permite por sí sola tener comprobación empírica de las hipótesis y teorías que se van desarrollando.

El siguiente gran paso, entonces, para hacer la economía más científica se pudo dar gracias al progreso de la estadística de la época. La estadística también tuvo un desarrollo sustancial a principios del siglo XX, y durante y después de las guerras se empezaron a recopilar bases de datos de todo tipo. Fue entonces que se dio el siguiente paso con el surgimiento de la econometría. En la econometría se mezclaron precisamente las tres cosas, la teoría económica, las matemáticas y la estadística. Pero todo esto, a mí me parece, siempre motivado por la ilusión de querer ser más científicos. En ese momento los economistas (de la corriente principal) pudieron decir, por fin, ese anhelo que los economistas clásicos siempre tuvieron de hacer comprobación empírica de nuestras teorías, ahora es una realidad.

Esa fue explícitamente la motivación expuesta cuando se creó la sociedad de econometría en 1930. La historia de la econometría es interesante por sus motivaciones y su contexto desde el punto de vista de los economistas de la época: por fin podremos justificar empíricamente todas esas teorías que hemos venido desarrollando durante doscientos años. Y esto generó una especie de sentimiento colectivo entre los economistas (de la corriente principal) de que, por fin, su disciplina se estaba consolidando como una verdadera ciencia exacta.

El siguiente debate que se dio, y esto ya tiene más que ver con las formas cómo entendemos la evidencia empírica en el presente, fue un debate entre los mismos econometristas. Esto que te voy a comentar será muy simplificado, pero obviamente en la historia de la econometría de Mary Morgan, o en los artículos de Kevin Hoover, se puede leer mucho más sobre este debate.

Por un lado, había algunos econometristas, como Tjalling Koopmans, quienes pensaban, no podemos empezar un modelo econométrico de la nada, necesitamos empezar con las teorías económicas que ya tenemos y emplear la econometría para hacer mediciones y para evaluar y refinar esas

teorías. Y, por otro lado, otros econométristas como Wesley Mitchell y posteriormente Christopher Sims, decían que, por el contrario, no deberíamos presuponer nada de teoría, sino dejar que los datos hablen por sí solos. Estos econométristas pensaron, si ya podemos medir directamente con nuestros métodos econométricos cómo evolucionan las variables económicas en el tiempo y podemos hacer estimaciones y predicciones con eso, ¿no debería ser el análisis empírico lo que dicte la teoría? Si verdaderamente queremos ser científicos, tenemos que basarnos principalmente en observaciones empíricas y a partir de ellas generar nuestras hipótesis científicas.

Obviamente con una influencia del positivismo lógico de principios del siglo XX, teorizar matemáticamente así nada más en nuestra imaginación, a partir de la introspección o de impresiones subjetivas, para muchos econométristas de principios del siglo pasado sonaba a pura metafísica, y no a un método propiamente científico. Este debate sobre la prioridad de los datos empíricos o la prioridad de la teoría delineó la econometría durante casi todo el siglo XX.

Esto es importante porque el resultado a finales del siglo XX fue que, si analizas las publicaciones en los journals de economía, durante las décadas de los cincuenta, de los sesenta y de los setenta, todo era preponderantemente teórico y matemático. Pero después, especialmente a partir de los noventa, la proporción de análisis teórico, que era lo que más se publicaba antes, empieza a decaer, y la proporción de artículos con análisis econométrico, no solo en revistas de econometría, sino en revistas de economía de primer nivel, se volvió preponderante. Esa es más o menos la visión que continúa estando detrás del hambre de evidencia empírica que existe en la economía de nuestro presente.

Y, vamos, todo esto conecta con otro de mis intereses principales de investigación que es la filosofía de la causalidad y la inferencia causal, sobre lo que también podemos hablar un poco después si te parece. Pero la respuesta a cómo veo la política basada en evidencia hoy está completamente engarzada en esta (muy simplificada) historia de la economía. La teoría por sí sola o tu experiencia y sabiduría personal como economista ya no son tan importantes, tú puedes ser un excelente economista con cincuenta años trabajando en el sector de la economía fiscal o monetaria, y sin embargo, ya no interesa tanto tu mera opinión sobre qué decisión política se debería tomar,

lo que se demanda son datos empíricos, sistemáticos, reproducibles, objetivos, es más, se vuelve indispensable desdeñar tu opinión, porque eso podría generar que algún valor subjetivo o ideología se filtrara en la justificación de las decisiones políticas, y no se desea ahí nada subjetivo. Eso obviamente se relaciona con otro tema sobre el que también me preguntabas, el tema de los valores en la ciencia. La noción de evidencia científica, en la economía actual y en la política basada en evidencia, le da prioridad a la objetividad en un sentido burdo de minimizar las opiniones subjetivas, ideologías, y valores, dando preferencia a los datos y métodos cuantificables, sistemáticos y reproducibles para fundamentar el conocimiento científico.

De forma nada sorpresiva, este enfoque también tiene mucha aceptación dentro del mundo de la política. Los encargados de la toma de decisiones políticas dicen “perfecto, tú dame evidencia científica que me permita tomar una decisión que después no pueda ser cuestionada, puesto que se desarrolló y fundamentó objetivamente. Y en caso de que algo salga mal, no fue mí culpa, yo hice lo que los científicos objetivamente me recomendaron”. Obviamente esto es una caricatura de la situación real, pero el punto es que hay muchas otras motivaciones, que no son científicas, por las cuales se le ha dado preferencia a la interpretación de evidencia que se ha vuelto dominante en economía. Actualmente esa es la situación en cuanto a lo que se entiende por evidencia científica y a por qué la política basada en la evidencia ha tomado tanta preeminencia.

—Esto que dices me sugiere que, evidentemente, la idea de objetividad ha ido cambiando a lo largo del tiempo. Lo que consideramos que es objetivo o no en una época varía. Ahí también sería interesante ver cómo en el caso de los economistas clásicos la objetividad se entendía de una manera diferente a como se entiende hoy con la econometría. Quizás hoy se necesita tener algo así como la evidencia totalmente formada por regresiones econométricas muy robustas y la necesidad de hacer una serie de pruebas para llegar a esa una noción de objetividad totalmente estadística. Donde todo se tiene que volver medible y susceptible de volver una estadística. Es decir, todo lo tenemos que someter a la estadística. Pero ¿en qué medida la objetividad hoy también podría obtenerse usando otras formas de hacer investigación, como la investigación de campo? Por ejemplo, hoy existe la economía experimental que va hacia el campo y que ahí lo que hace es

experimentos de campo lo cual era una cosa impensable en la época de Adam Smith y de David Ricardo, incluso en la época de Alfred Marshall. Hoy gran parte de los trabajos de la economía del comportamiento (behavioral economics), que es un área que también creció muchísimo en importancia en las últimas décadas, realiza este tipo de prácticas. ¿Cómo ves esa parte de la economía?

–Se me hace mucho más fácil entender muchos problemas de la filosofía de la economía precisamente analizando su historia conceptual y la historia de los problemas con los que se está lidiando. Bueno, la integración de la historia de la ciencia con la filosofía de la ciencia también es un movimiento reciente e interesante en la filosofía de la ciencia. Los filósofos se han dado en cuenta que para entender cualquier tema científico de su interés resulta muy valioso estudiar cómo se ha desarrollado históricamente. Esto que acabamos de hacer ahora, por ejemplo, para entender la evidencia científica en la economía, a mí me ha servido mucho. Luego de ver la historia del término o concepto en la práctica científica se entiende mejor qué es lo que está pasando hoy.

En cuanto a tu pregunta, el desarrollo relativamente reciente de la economía experimental está conectado con toda esta historia de la que ya hablamos. La economía experimental también tuvo su motivación en esa ambición de hacer de la economía una ciencia exacta confiable y experimental como la física. En física existen bien desarrolladas tanto la física teórica como la física experimental, el sueño era tener economía teórica y economía experimental. Al menos el sueño durante el siglo XX con el importante desarrollo de métodos empíricos cuantitativos.

La economía del comportamiento jugó un papel programático significativo en favor de la nueva economía más empírica y menos teórica, en el sentido de que, por un lado, se presentaba como una alternativa aparentemente heterodoxa a los cánones de la economía neoclásica dominante. Especialmente como una alternativa a los supuestos, o axiomas, tradicionales de la racionalidad. Y, por otro lado, las críticas a esos axiomas provenían principalmente de resultados experimentales que eran sistemáticamente inconsistentes con los axiomas que servían de fundamento a la economía neoclásica.

Ahí tienes que pensar también que la mayor parte de la economía teórica durante la segunda mitad del siglo pasado tendió a enfocarse en la microeconomía y en los problemas y preguntas sobre cómo el individuo racional toma decisiones económicas. La macroeconomía empezó a pasar a

un segundo plano. Menos economistas se dedicaban a estudiar directamente problemas macroeconómicos y se puso un poco más de moda estudiar la microeconomía. El tema de los microfundamentos de la macroeconomía se volvió la forma más aceptable de estudiar fenómenos macroeconómicos. La teoría fundamental era la microeconomía y por eso la idea de hacer experimentos empezó a surgir principalmente en relación con preguntas microeconómicas sobre el comportamiento económico a nivel individual. ¿Qué pasaría si ponemos cincuenta individuos en un laboratorio y les hacemos tal o cual pregunta económica y les damos opciones? ¿Se comportarán de acuerdo a nuestros axiomas de racionalidad económica o no?

Como tú bien sabes, muchos de los primeros experimentos tuvieron que ver con la evaluación empírica de resultados en teoría de juegos. En la economía del comportamiento luego se desarrollaron preguntas más específicas sobre decisión y elección individual para corroborar si la gente elige como lo plantean los modelos neoclásicos o no. Justamente varias de las primeras discusiones filosóficas también tuvieron que ver con las consecuencias de estos experimentos. ¿Qué implicaciones tiene para la ciencia económica que los resultados de experimentos muestren que la teoría de la elección racional no predice adecuadamente el comportamiento de individuos reales? ¿Si los axiomas fundamentales de la economía neoclásica han sido falsificados empíricamente, que no eso significa que todo el programa debería considerarse refutado? Al inicio los economistas mismos no sabían qué contestar.

Hubo nuevas teorías aumentadas y otras disminuidas sobre la racionalidad. Ambas para tratar de responder a las inconsistencias que emergían de la evidencia empírica. Es decir, por un momento, todo esto parece ciencia practicada propiamente. Teníamos teorías y ahora tenemos también datos y métodos empíricos que nos permiten contrastar las teorías con los resultados. Pero, como insistentemente argumentaba Mark Blaug, en la mayoría de los casos, en lugar de aceptar la falsificación las teorías, desecharlas y explorar nuevas hipótesis, lo que se hizo fue desarrollar remedios y modificaciones teóricas *ad hoc*. Casi nada se refutó.

Y bueno por un tiempo esa escuela experimental tuvo bastante desarrollo. Los experimentos en el laboratorio empezaron a recibir críticas metodológicas más serias, en especial sobre las diferencias relevantes entre los contextos diseñados en un laboratorio y los contextos en la realidad social.

De allí que hayan empezado a surgir los llamados experimentos de campo. Supuestamente experimentos mucho más realistas y confiables que los realizados en laboratorios. Esto lo analizan de forma muy clara y en detalle mis colegas Judith Favereau y Michiru Nagatsu en su libro reciente *Field experiments in economics: history and methodology* (2025).

La crítica principal a esa escuela fue que, por ejemplo, si realizas un experimento de campo con cincuenta, cien o quinientas personas, la muestra es muy pequeña como para sustentar inferencias confiables y generalizables. Además, se tiene menos control de todo el contexto en el campo, en contraste con el control que en principio se podría tener en un laboratorio sobre todos los factores que podrían interferir en el experimento. Entonces, la validez de estos diseños experimentales al final resulta limitada para fundamentar políticas económicas efectivas.

La solución a estas complicaciones ha sido lo que llaman cuasiexperimentos. En estos diseños no se requieren experimentos realizables materialmente. Lo que se requiere es un panel de datos tan inmenso como se pueda conseguir, y de ahí se pueden hacer inferencias causales siempre y cuando se logre interpretar esos datos como si hubieran sido obtenidos a partir de un experimento aleatorio controlado. Eso es más o menos la explicación técnica, pero el aspecto esencial de los diseños cuasiexperimentales es que podemos emplear técnicas estadísticas que nos permitan analizar los datos como si fueran el resultado de un experimento aleatorio, pero empleando bases de datos lo suficientemente grandes para justificar de forma más confiable inferencias causales y generalizaciones. Del creciente uso y popularización de estos métodos se deriva lo que en los últimos treinta años se ha llamado la “revolución de la credibilidad” en la economía, que es otro de los temas en los que se ha enfocado mi investigación reciente.

La revolución de la credibilidad en la economía, con varios premios Nobel galardonados a sus principales precursores, es la nueva versión de ese anhelo de cientificidad experimental, que inició con experimentos en un salón de clases, donde se les pagaba a algunos estudiantes para que participaran y así ver si tomaban decisiones económicas de acuerdo con la teoría. Ahora podemos emplear bases de datos masivas, que obviamente se conectan con *big data* y otros desarrollos informáticos más recientes. Entonces, desde el punto de vista de la escuela económica actualmente dominante, resulta que

los economistas por fin pueden decir: “Ahora sí somos súper científicos, ahora sí tenemos comprobación empírica que nos garantiza resultados científicos “creíbles”, los datos son de miles de personas o millones, dependiendo de la base de datos disponible, los interpretamos con nuestros métodos estadísticos más sofisticados y los resultados ahora sí pueden ser en gran medida generalizables. Ahora sí ya casi somos una ciencia como la física”. Siento que el anhelo de la economía de volverse más y más científica, el cual en cierto sentido también podríamos considerar como algo bastante deseable y beneficio, ha tenido la desafortunada consecuencia, probablemente no deseada, de desconectarla en menor o mayor medida del ámbito y de los problemas y fenómenos sociales que originalmente la inspiraron. Y bueno, podemos cuestionar o no este desarrollo, pero el punto es que así es como ha terminado ganando el lado empírico de la economía hasta el día de hoy.

–Esto que comentas me parece que está vinculado con los alcances y límites del enfoque económico estándar, porque estabas hablando de la parte de micro y de cómo se hicieron experimentos para evaluar los supuestos de racionalidad. Entonces, retomando aquí el hilo, gran parte de los temas filosóficos controversiales tienen que ver con la noción de racionalidad como centro de la teoría económica. Desde tu enfoque metodológico, ¿qué papel juega la noción de racionalidad en la construcción de modelos económicos y cuáles son a tu juicio los principales límites conceptuales de la teoría estándar?

–Sobre el papel de la racionalidad en la construcción de modelos económicos, me parece interesante que, a pesar de tantas críticas e inconsistencias con la evidencia empírica, la racionalidad axiomática todavía juegue un papel fundamental en la construcción de modelos económicos. Mientras que la mayoría de los economistas empíricos actuales proponen, como ya mencioné, que dejemos de confiar tanto en la teoría y que utilicemos más análisis empírico y análisis de datos. Sin embargo, al mismo tiempo mantienen implícitamente varios supuestos teóricos. Uno de ellos definitivamente es el de la racionalidad. Y lo poco que queda del análisis teórico y la construcción de modelos en el sentido más tradicional del siglo XX, que serían por ejemplo los modelos dinámicos estocásticos de equilibrio general, contienen como postulado implícito la racionalidad de los agentes microeconómicos, en su legendario agente representativo.

La noción de racionalidad, irónicamente, ha sido cuestionada durante la segunda parte del siglo veinte por no tener sustento empírico. Y ha sido también cuestionada como una noción demasiado abstracta, desconectada de las formas de reflexión aparentemente empleadas por los humanos en la realidad. Incluso cuando se ha considerado que la noción de racionalidad es simplemente una hipótesis de trabajo, una herramienta para simplificar, la cual nos permite construir modelos que después podríamos complementar con características más realistas, los resultados han sido cuestionados por su falta de adecuación empírica y de ahí se han generado las nociones alternativas de racionalidad. Pero si tú te fijas, ninguna de esas otras nociones de racionalidad, un poco más flexibles, o más realistas, se han incorporado en la práctica científica de los economistas de manera sustancial, al menos no en la corriente principal.

En cuanto a los economistas que hacen modelos empíricos, su forma de escaparse de la crítica a su noción implícita de agente racional consiste en desdeñar toda la discusión y decir: “nosotros explícitamente no nos comprometemos con ningún tipo de racionalidad, dejamos que los datos hablen, simplemente observamos y medimos si la gente compra o no tal o cual producto”. Entonces, los teóricos tradicionales siguen trabajando con una noción algo anticuada de lo que es la racionalidad económica, y los nuevos economistas más enfocados en el análisis empírico pretenden que no adoptan ningún supuesto sobre la racionalidad de los agentes.

Ahora lo que yo te diría, como algunos otros filósofos, es que la racionalidad es tal vez un concepto que podríamos desdeñar completamente de la economía. Si analizas la historia de la racionalidad en economía, Adam Smith, los clásicos, incluso Marx, y todos hasta antes de Marshall, hicieron economía bastante aceptable sin requerir de una noción de racionalidad individual formalizada, y especialmente sin presuponer nada similar a los axiomas de racionalidad desarrollados en el siglo XX.

De hecho, un tema filosófico muy ilustrativo es el estudio sobre cómo la noción de racionalidad económica fue influenciada (o delineada) por los desarrollos informáticos y tecnológicos de la posguerra. Algunos de los académicos que participaron en el diseño de las teorías de decisión y de elección racional, como John von Neumann, estaban mucho más interesados en cómo desarrollar algoritmos y procesos computacionales que permitieran la toma

de decisiones de manera sistemática, consistente y eficiente. Los axiomas que resultaron de todo esto serían mejor interpretados como axiomas que un algoritmo debería seguir para generar decisiones de la forma más “racional”, pero de acuerdo con una definición de racionalidad formal predeterminada por los mismos axiomas. Si se profundiza en la historia paralela de la informática y la economía en esta época, se da uno cuenta inmediatamente de que esos axiomas de decisión “racional” no tenían nada que ver con cualquier posible noción de racionalidad en los humanos de carne y hueso.

Algunos historiadores, principalmente Philip Mirowski, y también más recientemente desde la filosofía de la ciencia, Magdalena Małecka, han tratado de escarbar más en esa parte de la historia paralela de la computación y de la economía en el siglo XX. La idea es comprender mejor cómo fueron influenciadas ambas disciplinas entre sí. Tal vez hubo muchísima más influencia de lo que los economistas mismos nos hemos percatado. Y en este sentido, sería importante investigar las consecuencias metodológicas y epistemológicas que pudieron haberse derivado directa o indirectamente de estas interacciones durante la postguerra.

En fin, la obsesión con la racionalidad y con la posibilidad de predecir todos los fenómenos macroeconómicos a partir de las acciones de los agentes individuales también ha sido una característica persistente y determinante en la evolución de la economía. No tengo una respuesta final sobre cuáles podrían ser los límites de la teoría estándar de racionalidad que prevalece en la disciplina. Pero, lo que sí creo es que tal vez esa no es la pregunta más importante que los economistas deberían haberse estado haciendo durante todo el siglo pasado.

–Es muy interesante que también ya estamos identificando al menos dos obsesiones de los economistas: la obsesión por la evidencia y la obsesión por la racionalidad, justo para volver a la economía más científica. Me parece que aquí está en el centro la vinculación con políticas públicas. Estas perspectivas de la racionalidad estándar y lo que tú has trabajado sobre evidencia y causalidad, ¿qué tan relevantes son para la implementación de políticas públicas? Desde tu visión, ¿Qué elementos debe tener una buena política pública?

–Este tema lo traté en mi tesis de doctorado. Qué elementos del conocimiento científico pueden jugar un papel relevante en el desarrollo de una política

económica bien hecha o exitosa. Lo plantee así porque obviamente entre los elementos que afectan el resultado de una política económica también hay factores que no son científicos, sino más bien políticos o institucionales, esencialmente contextuales. Factores que influyen la elección e implementación de las políticas y que no tienen nada que ver directamente con la ciencia.

Entonces, recientemente me he enfocado más en cómo elementos científicos y no científicos interaccionan para determinar si las políticas económicas son exitosas o no. Y esto es importante porque creo que a veces en los análisis de los filósofos de la ciencia económica se han dejado de lado los factores adicionales que no son científicos y que en gran medida determinan los resultados de las políticas públicas. Nancy Cartwright ha hablado mucho de esto, de la concurrencia de factores causales que no necesariamente son los principales, y que a la hora de hacer ciencia se excluyen del análisis, pero que a la hora de hacer política económica resultan indispensables para los resultados.

Una inspiración importante en mi tesis me llegó a partir de unos fragmentos de John Stuart Mill en los que él explica que cuando se hace ciencia, los científicos se enfocan en investigar los principios de las causas que operan en el dominio de sus respectivas disciplinas de manera aislada, mientras que cuando se hace política el objetivo es la producción de los efectos a partir de todas las causas relevantes, y entonces se requiere más bien a un estadista. Cuando queremos estudiar cómo operan las causas de las cosas es necesario aislar cada causa de todo lo demás. Es como procede en esencia la ciencia en general, no solo la economía, se investigan las relaciones causales aisladas que afectan los fenómenos que se estudian. Es justo lo que queremos lograr con un experimento bien implementado. Pero a la hora de producir un efecto específico, se requiere juntar de nuevo el conglomerado de todas las causas que de una u otra forma están relacionadas y son relevantes para obtener el efecto que se busca.

Por eso John Stuart Mill decía que era necesario un estadista, alguien que sepa hacer uso de todas las ciencias y disciplinas necesarios para la obtención de los efectos deseados. El economista solamente tiene que enfocarse en las causas económicas, aislarlas, entenderlas. Y el biólogo, lo mismo, analizar las causas biológicas, y así cada disciplina. Pero un estadista tiene que pensar cuáles son todas las causas que son relevantes para la obtención del efecto

que se quiere producir. Y de una u otra forma, tiene que hacer uso de todas las disciplinas que estudian esas causas. Para mí esto fue clave, porque el argumento que se sigue de allí es que la política económica es multidisciplinaria casi por naturaleza. Porque, aunque es posible, es muy extraño que exista algún efecto que se quiera producir en la realidad y que solamente esté determinado por causas que pertenezcan a una sola disciplina.

–Eso justifica que las disciplinas se enfoquen en su área de estudio y que no necesariamente tengan que entender todo lo demás. Pero al mismo tiempo implica que si quieres producir efectos en la realidad tienes que mirar a todas las causas que pueden afectar ese fenómeno y por lo tanto toca, si no saber todo sobre todas las disciplinas requeridas por el problema, sí al menos juntar a un grupo de individuos que sean expertos en todas esas disciplinas para que juntos puedan lidiar con el problema a resolver a través de un equipo multidisciplinario.

–Justo he tratado de desarrollar un poco más detalladamente esta idea, porque no es algo sencillo en la práctica y tampoco es que todos los problemas de política pública requieran que traigas a todos los expertos en todas las ciencias. Pero si te fijas, la tecnocracia ha producido una situación en la cual ciertas ciencias tienen más poder y autoridad a la hora de hacer recomendaciones políticas que otras, las cuales a veces terminan siendo casi totalmente desplazadas o desdenadas. Tal vez éste es uno de los dilemas que la filosofía de la ciencia y la filosofía de la economía podrían ayudar a clarificar. Cuando analizas filosóficamente cómo la ciencia procede y piensas en algo tan básico como esa idea de John Stuart Mill, te das cuenta de que efectivamente puedes hacer ciencia de forma aislada de lo que otros científicos desarrollan en otras disciplinas, pero también se hace evidente que no puedes hacer política pública confiable que no sea interdisciplinaria. Y en particular, no puedes pensar en preguntar exclusivamente a los economistas sobre qué política es la que se debe implementar con base en su evidencia científica. Si lo que se quiere es afectar la realidad social lo que se requiere es preguntarle a todos los científicos y a todas las personas que tengan cualquier tipo de conocimiento que aportar que sea relevante para el caso particular.

–De acuerdo, y esto se puede vincular con la siguiente pregunta y yo creo que está totalmente ligado. La distinción entre economía positiva y normativa

ha sido un eje clásico de la disciplina. A la luz de tus investigaciones ¿cómo evalúas esta distinción hoy y en qué medida consideras que el conocimiento económico está inevitablemente contextualizado por condiciones institucionales históricas y sociales que desafían esa separación? Yo creo que está vinculado con esta idea que acabas de mencionar de la política pública como multidisciplinaria por naturaleza.

–Sí, voy a comentar primero sobre la segunda parte de tu pregunta, porque es interesante la idea de si es posible hacer ciencia enfocándose solo en una disciplina y en causas estudiadas de forma abstracta y aislada. Más bien se trata de una simplificación metodológica. Pensemos en el caso de un médico. Un médico puede estudiar medicina enfocándose en sistemas y partes aisladas. El aparato digestivo, por ejemplo, es posible estudiar cómo funciona sin considerar cómo interacciona con el resto de los órganos y otros sistemas del cuerpo. Esto no tiene nada de cuestionable en cuanto a hacer ciencia.

El problema sería si después se quiere hacer una prescripción, en este caso clínica, a un paciente, considerando exclusivamente los efectos de algún tratamiento para el aparato digestivo, pero ignorando la interacción del aparato digestivo con el resto de los mecanismos biológicos dentro del cuerpo humano. De forma similar, el contexto institucional, histórico y social puede dejarse de lado a la hora de hacer ciencia, por varios motivos metodológicos o pragmáticos relativamente justificables, para poder analizar y entender claramente ciertas cosas. Sin embargo, ese mismo contexto se tiene que reconsiderar a la hora de hacer política pública.

Por otro lado, los médicos saben bien que el aparato digestivo no funciona aisladamente del resto del cuerpo en la realidad. Saben que en un determinado momento necesitarán también entender claramente cuál es la relación del sistema digestivo con los otros sistemas vitales para explicar algún fenómeno clínico. Entonces, también en relación con objetivos de explicación científica hay una especie de interdisciplinariedad que en ocasiones es inescapable, dependiendo de cuáles sean los objetivos epistémicos específicos de la investigación.

La teoría monetaria es un caso interesante porque, de hecho, es posible entender los movimientos del nivel de precios simplemente analizando qué pasa con la cantidad de dinero en la economía. Se trata de una generalización causal bastante estable en la realidad y es uno de los pocos principios eco-

nómicos que ha sido empíricamente comprobado con bastante robustez. Pero, aun así, si el objetivo de política pública es afectar los precios de forma específica o utilizar esta relación para obtener algún otro objetivo político tendrían que considerarse otros factores causales potencialmente relevantes. Otros elementos institucionales, históricos y sociales que permitan que esa relación causal se manifieste o no.

Regresando a la primera parte de la pregunta, sobre la distinción entre economía positiva y normativa. Es una distinción sumamente problemática, pero que persiste hasta el día de hoy en los libros de texto usados en la carrera de economía. La definición es filosóficamente anticuada en cuanto a sugerir que hay enunciados que son exclusivamente de hechos y otros enunciados que son de valores. La economía positiva se enfoca, según esta historia, en los enunciados de hechos o meramente descriptivos y la economía normativa se enfoca en los enunciados de valores, y pues en todo lo que no es positivo. Como bien dices, Milton Friedman quería mantener esa diferencia metodológica en la economía con el fin de que las preguntas en la economía positiva fueran consideradas las más importantes, primordiales y separadas de las preguntas normativas. Las preguntas normativas también son importantes, pero no son consideradas objeto de la ciencia propiamente, pues no pueden ser verificadas empíricamente.

La filosofía de la ciencia, en los últimos veinte años, en una de sus vertientes importantes enfocada en el papel de los valores en la ciencia ha refutado casi totalmente cualquier argumento que sugiera una distinción estricta entre los enunciados de hechos y de valores. Te menciono esto porque esa discusión en filosofía de la ciencia, te repito, ya tiene al menos unos 20 años de ser muy conocida y varios años más desde que filósofos importantes como Philip Kitcher y Helen Longino argumentaron convincentemente en contra de que se requiera la supuesta distinción entre hechos y valores en la ciencia. Sin embargo, las discusiones filosóficas obviamente no han tenido ningún impacto en la economía científica.

En cuanto a la economía empírica más moderna, una de sus motivaciones principales, igual que en la postura positivista de Friedman, es liberar a la ciencia de ideologías y valoraciones subjetivas, porque una ciencia cuyos resultados científicos estén sesgados o determinados por tal o cual ideología no es una ciencia seria y confiable. Es entendible esta motivación en el

positivismo a principios del siglo XX. Surgió porque algunas ideologías bastante cuestionables se apropiaron de todo, incluida la práctica científica, y de alguna forma la lucha consistió en evitar que estas ideologías, que todos consideramos como terribles, no determinaran cuáles deberían ser los resultados científicos. Esto ayuda a entender por qué los científicos a inicios del siglo pasado se preocuparon por dejar las ideologías y otras valoraciones subjetivas fuera de la ciencia. Pero después, a finales del siglo XX, la situación se movió al otro extremo. Los científicos empezaron a pensar más seriamente en la posibilidad de hacer ciencia sin valores simplemente como una virtud en sí misma. Entonces, la lucha se ha tornado al revés, ahora consiste en mostrar que la ciencia no se puede hacer sin la intervención o influencia de varios tipos de valoraciones subjetivas. Al momento existen varios argumentos sólidos que demuestran que cuando se hace análisis empírico, de una u otra forma, se toman varias decisiones subjetivas, y lo más importante, que esto no necesariamente representa algún problema o riesgo para la confiabilidad o legitimidad de la ciencia.

Cuando se decide aceptar o refutar una hipótesis a partir de evidencia empírica, establecer dónde se pone el límite entre aceptar o no aceptar la hipótesis es una decisión finalmente subjetiva. Ese es uno de los casos más conocidos. Pero hay más, como la conceptualización de las variables cuantitativas. Por ejemplo, si queremos medir la inflación o el bienestar o el libre comercio, es necesario caracterizar o definir una variable. Posteriormente, la idea de que se están analizando datos cuantificables en forma de variables da la impresión de que todo es objetivo. Pero alguien o un grupo de investigadores tuvo que haber definido, a partir de algunas valoraciones meramente subjetivas, qué es lo que va a ser incluido en esa variable. Y no quiero decir que la definición de una variable es totalmente arbitraria, sino más bien que es contingente. Se puede definir de una o de otra forma dependiendo de la perspectiva de investigación que se tome. Se puede definir un índice de precios, un índice de bienestar, o un índice de desempleo, de varias formas diferentes, todas epistemológicamente justificables, y sin embargo no necesariamente consistentes entre sí. Hoy en día hay un gran debate sobre cuál es la mejor forma de definir el bienestar. Esta es una variable que parece imposible definir sin que algún valor subjetivo, no científico, intervenga en su definición. Anna Alexandrova ha escrito

varios textos filosóficos extremadamente recomendables sobre este tema, y especialmente sobre la economía del bienestar.

Las soluciones a estas complicaciones que se han presentado en filosofía de la ciencia tienen que ver con que, si no podemos escaparnos de esa subjetividad, tal vez lo mejor entonces es hacer que las valoraciones subjetivas que afectan los resultados científicos sean totalmente explícitas. Es decir, que no se pretenda que los resultados son objetivos para que sean más confiables, sino más bien que al transparentar cuáles y de qué forma algunos valores inevitablemente formaron parte del proceso científico, los resultados obtenidos puedan ser considerados teniendo en cuenta claramente las valoraciones que los generaron. Al no tener idea de qué valores definieron alguna medición, se podría estar perjudicando o beneficiando incluso inconscientemente a algún grupo en particular si se mide el bienestar de una forma y no de otra forma. Para evitar ese tipo de problemas, la solución propuesta es ser completamente explícitos con los valores implícitos en las diversas definiciones existentes de bienestar.

Me parece que los economistas, al menos los economistas que promueven la política con base en evidencia, continúan promoviendo que los métodos experimentales o los estudios observacionales son la mejor forma de obtener resultados mucho más confiables, porque son métodos puramente objetivos. Como ya mencioné, la idea de que la distinción entre los enunciados de hechos y los de los enunciados subjetivos es cuestionable no ha permeado lo suficiente entre economistas. Y bueno, una de las labores de la filosofía de la economía podría ser precisamente traer este tipo de discusiones filosóficas a la arena de los economistas y hacer un análisis metodológico mucho más informado sobre cómo funciona la economía. Se podría mostrar a los economistas que es posible hacer economía confiable y legítima simplemente siendo explícitos sobre qué valores subjetivos y qué problemas históricos, sociales o institucionales, juegan un papel relevante en los resultados científicos.

–Claro, de hecho, estaba yo pensando mientras estabas haciendo esta reflexión sobre cómo esto que estás diciendo nos ayuda a entender las motivaciones de por qué hay ciertos tipos de investigación o ciertos tipos de planteamientos o ciertos tipos de orientación investigativa. Lo que hay que mirar y visibi-

lizar es al sujeto y hacer más explícito al sujeto en su contexto. Y eso nos va ayudar a entender mejor por qué el sujeto está haciendo lo que está haciendo. Yo creo que es muy interesante visibilizar más al sujeto para entender mejor su propio discurso y aportación teórica. Creo que esta parte está vinculada con el conocimiento causal y la toma de decisiones desde abajo. El trabajo reciente que has realizado propone una aproximación que llamas “de abajo hacia arriba” en política pública. ¿Podrías explicar en qué consiste esta propuesta y cómo sugieres repensar la relación entre expertos, modelos económicos y contextos locales de decisión particularmente en contraste con enfoques más tecnocráticos y universalistas?

–Se trata de una propuesta inspirada, efectivamente, por la idea de que si queremos hacer filosofía o análisis metodológico sobre cómo se utiliza la ciencia para hacer política pública pues deberíamos empezar por entender cómo funciona el proceso concreto de una política pública. Es decir, es una propuesta para los filósofos sobre como redirigir sus investigaciones sobre la interacción entre la ciencia y las políticas públicas. La mayoría de los filósofos de la ciencia que están preocupados por cómo se relaciona la economía con los problemas de política pública enfocan su trabajo en analizar cómo podemos obtener mejor ciencia, o ciencia más confiable, qué tipos de evidencia tenemos disponibles, y cuáles son los mejores métodos de inferencia. Así, todo el enfoque analítico de los filósofos se concentra principalmente en analizar la calidad de la ciencia con el presupuesto de que, si tenemos una buena ciencia, automáticamente, eso nos va a ayudar a obtener mejores políticas públicas.

Mi postura es que efectivamente es importante tener una ciencia que sea confiable y que los filósofos se enfoquen en eso es bastante útil. Pero también es sumamente importante que entendamos qué tipo de problemas son los que se desea solucionar en políticas públicas y cómo funciona el proceso que se activa para lidiar con esos problemas. Todo esto desde la perspectiva de los administradores de las políticas públicas, para así poder entender mejor en qué forma el conocimiento científico puede o no jugar un rol en la solución de los problemas específicos que pueden surgir en ese proceso. Mi propuesta es un llamado a mis colegas filósofos a, no concentrarse en entender la ciencia exclusivamente a partir de sus intereses epistemológicos, sino también tratar de entender cómo funciona en relación con la política

pública. Y para eso tenemos que reconocer cuáles son los problemas políticos por resolver y no tanto los problemas filosóficos.

La misma crítica que sugiero para los filósofos de la ciencia, se podría ofrecer igualmente a los economistas que están detrás de la política basada en evidencia. Su idea es que a partir de los resultados científicos que producen se implementen políticas públicas. Es decir, en lugar de preguntar cuáles son los problemas que confrontan los responsables de las políticas públicas y que requieren solución, se ofrecen soluciones para problemas que no necesariamente son los más relevantes, sino los que se pueden estudiar de acuerdo con los métodos e intereses científicos dominantes. Es como decirle a los políticos, implementa esta política, porque es sobre la que tenemos resultados disponibles. A esto me refiero con las perspectivas desde abajo y desde arriba.

Por ejemplo, una economista como Esther Duflo, quien ganó el premio Nobel precisamente por trabajos experimentales de campo, su postura que parecería una postura desde abajo, porque pues va al campo y va a los países con problemas de pobreza y trata de ofrecerles soluciones. Para mí es una postura tecnocrática, desde arriba hacia abajo, porque ella llega con resultados de sus intereses específicos de investigación y les dice “las cosas que podemos medir y que hemos estado estudiando son éstas, vamos a medir variables similares aquí también, y después les vamos a decir cómo deben solucionar sus problemas, aquí están las soluciones, deben poner más mosquiteros, deben desaguar esas partes de la ciudad para que no tengan mosquitos y con eso solucionamos el problema de la malaria”. Y una vez que concluyen con esto, se van orgullosos y satisfechos. Esa postura también es de arriba hacia abajo porque en lugar de llegar e informarse sobre cuáles son los problemas que se deben resolver y sobre qué información relevante se puede obtener de los habitantes y expertos en el lugar, más bien llegan y dicen “nosotros traemos soluciones para un tipo de problemas específico, aplíquenlas y nos vemos después” y bueno, eso ha generado y continúa generando más problemas de los que soluciona, como sabemos. De hecho, la economía actualmente dominante en la academia, incluyendo las corrientes con un enfoque más empírico a las cuales me he referido extensivamente en esta charla, pueden

considerarse abiertamente como una continuación de la tradición tecnocrática que viene desde el siglo pasado y que, desafortunadamente, no parece dar indicios que vaya a cambiar o a desaparecer en algún futuro cercano.

DOI: <https://doi.org/10.29092/uacm.v23i61.1303>